

Fernández de Avellaneda, Alonso

El Quijote apócrifo. Ed. Alfredo Rodríguez López-Vázquez. Madrid: Cátedra, 2011. 576 pp. (ISBN: 978-84-376-2852-3)

De entre esa nutrida nómina de obras de nuestra literatura áurea, vinculadas por sus conflictivas autorías, no cabe duda que destaca, con intenso relieve, la continuación apócrifa del *Quijote*. Un texto sobre el que se cierne no únicamente este problema sino también otros concernientes a cuestiones ecdóticas, como bien demuestra Alfredo Rodríguez en su reciente edición del mismo.

En su minuciosa aproximación y análisis de la continuación apócrifa del *Quijote*, Rodríguez López-Vázquez aborda, esencialmente, tres aspectos: la valoración crítica objetiva y desprovista de los tradicionales prejuicios del texto, el problema de las ediciones y, especialmente, la compleja cuestión de la propuesta de autorías.

Respecto a la primera cuestión, el crítico muestra cómo el hecho de que Avellaneda se propusiera continuar la que se convertiría en la mejor obra de nuestras letras ha supuesto un pesado lastre en su enjuiciamiento, en tanto su valoración y análisis aparecen supeditados al cotejo de la obra cervantina. Una comparación que, resulta evidente, ningún autor podría soportar. Como bien indica Alfredo Rodrí-

guez, es imprescindible a la hora de afrontar el estudio de la obra de Avellaneda su contextualización histórica. Es obvio que la práctica de continuación de obras por escritores diferentes fue bastante común en la literatura áurea, con precedentes, incluso, en la tradición anterior y en otras literaturas. Ariosto, por ejemplo, tan admirado por Cervantes, construyó su *Orlando* partiendo de Boiardo. El mismo texto cervantino fue aprovechado antes que por Avellaneda por Guillén de Castro. Por otro lado, como pone de manifiesto Rodríguez López-Vázquez, el análisis de la obra apócrifa debe partir del hecho de que el texto de Avellaneda se construye sobre criterios estéticos muy distintos a los de Cervantes. Admitiendo la calidad literaria de la obra de Avellaneda, su *Quijote* aborda, según este crítico, territorios literarios no explorados en su época de tal forma, resultando a la postre un libro jocoso con marcado perfil caricaturesco y rabelesiano. No deja de ser sintomático que Rodríguez López-Vázquez vincule a Avellaneda con escritores como Boiardo y, sobre todo, Sterne. Como en la obra de este último, en la de Avellaneda se percibe esa marcada apropiación de materiales ajenos o el intenso relieve de la ironía o lo escatológico. No resulta, en este sentido, irrelevante el que, junto a Cervantes, Sterne considerara a Rabelais como el

otro de sus principales modelos. Un autor cuya obra, según el presente editor de Avellaneda, puede ser ligada a la del continuador de Cervantes, en tanto lo rabeliano podría ser considerado como uno de los rasgos vertebradores de su estética literaria.

Para Alfredo Rodríguez la obra de Avellaneda no puede ser considerada, pues, como un simple plagio, de manera que a partir, eso sí, de la sugerencia cervantina de llevar al personaje a Zaragoza, el autor construirá un texto entre la crítica mordaz y la broma carnavalesca. Bajo tales premisas se producirá una exageración caricaturesca en el trazado de los personajes, de forma que su D. Quijote está más próximo a un personaje de entremés, que actúa como tal en un mundo teatralizado con perfiles grotescos. Por otro lado no deja de destacar este crítico el cuidado en la elaboración formal del relato, señalando así su rigor geométrico y esa estructura circular en la que se enmarca.

En relación a las complejas cuestiones ecdóticas del texto de Avellaneda, Alfredo Rodríguez lleva a cabo un riguroso análisis del proceso editorial de la novela. Partiendo de la versión definitiva del ejemplar Sedó de la BNE 6689, demuestra este crítico que el análisis de variantes revela la existencia de dos cajistas diferentes. Asimismo, y frente a los planteamientos sostenidos por otros editores del libro

—a excepción de Suárez Figaredo—, Alfredo Rodríguez pone de manifiesto que la segunda edición no se hace sobre esa versión definitiva que conocemos por el mencionado ejemplar Sedó, sino por una emisión primera que contiene los errores propios de aquellos ejemplares de la imprenta a los que todavía no se han incorporado las correcciones. Como hipótesis natural sobre esta edición facticia que copia la auténtica de Felipe Roberto, se sostiene que la misma debió hacerse en una de las imprentas que todavía tenían actividad en 1614 en Zaragoza. A tal respecto una de las que más probabilidades presenta es la de Lanaja y Quartanet, quien fue el impresor de una *Relación de las fiestas de Zaragoza* en la beatificación de Santa Teresa, celebradas en octubre de 1614, en la que aparecía una mascarada con D. Quijote y Sancho, con la incorporación de unos versos referentes a la continuación de Avellaneda. Considerando la proximidad en las fechas de aparición entre el *Quijote* apócrifo y este último texto, no resulta arriesgada la hipótesis de que el impresor de esta edición facticia fuera el mismo Lanaja, interesado en difundirla y darla a conocer. Por la significativa relevancia de esa *Relación de las fiestas*, Alfredo Rodríguez la incorpora como apéndice dentro de su edición. Asimismo, y considerando los usos editoriales propios de la época —de los que su introducción da buena

cuenta—, este crítico apunta a otras posibles ediciones del texto, como esa *in-quarto* en Madrid, de 1615, descrita por Ebert.

Pero será, sin duda, la problemática y siempre candente cuestión de la autoría del texto aquella que acapare el interés del crítico. Como en su aproximación a los otros aspectos, Alfredo Rodríguez muestra sus sólidos conocimientos en la materia, de manera que traza un preciso y riguroso panorama sobre las innumerables propuestas de autoría que se han ido sucediendo hasta nuestros días. Un panorama que ofrece, según su estimativa, graves problemas de método y respecto al cual defiende él unos principios metodológicos más rigurosos y objetivos.

Dentro de esa visión global de autorías propuestas y que, verdaderamente, abarcaría a casi todos los escritores representativos de la literatura áurea, destacan cinco concretas: la de Jerónimo de Pasamonte, Castillo Solórzano, el autor de *La pícaro Justina* —otra de esas obras de nuestra literatura conflictiva por la cuestión del autor—, Suárez de Figueroa y lo que llama él la “pista de Lope de Vega”. A partir de las mismas, Alfredo Rodríguez lleva a cabo otras análogas, de manera que las similitudes entre estos autores mencionados y otros podrían alargar la nómina, incorporando a Salas Barbadillo, los Argen-

sola...etc. Como ejemplo de nuevas propuestas que son, sin embargo, refutadas por él a partir de sus principios metodológicos, incorpora los nombres de Eslava y Lorenzo de Sepúlveda. Basándose en el cotejo de usos léxicos, el crítico muestra la imposibilidad de que ninguno de estos autores se ocultara tras Avellaneda.

Será dicho método el que aplique en su aproximación a esas cinco autorías más destacadas hasta el momento. A partir, evidentemente, de un muestreo significativo, comparará el texto de Avellaneda con la obra de Úbeda, Suárez de Figueroa, Castillo, Pasamonte y Tirso. Los resultados de dicho muestreo evidencian cómo los índices de coincidencias son muy superiores en Figueroa, de manera que las coincidencias de usos léxicos entre ambos autores apuntan hacia la posibilidad de que se trate de un mismo escritor. Precisamente por ello dedica el crítico un epígrafe exclusivo a Suárez de Figueroa, en el cual no sólo tiene en cuenta su producción literaria, sino también sus rasgos biográficos, imprescindibles asimismo en cualquier propuesta que intente aclarar la identidad de Avellaneda.

En definitiva, considera Rodríguez López-Vázquez que el panorama relativo a las atribuciones del autor de la controvertida continuación del *Quijote* se ha caracterizado, esencialmente, por suposiciones y conjeturas carentes

de rigor. Frente a ello él propone ese filtro objetivo de la estadística léxica que no implica, no obstante, el olvido de esos otros factores que deben también ser tenidos en cuenta, como los datos biográficos. Basándose en dicha aproximación el crítico propondrá, finalmente, otros nombres como fray Juan Bautista Rico y Villaviciosa, autor este último en cuya obra encuentra significativas coincidencias con el texto de Avellaneda.

Nuevamente, por tanto, una obra de gran relieve y significación en nuestra literatura áurea ha merecido la atención de la crítica actual que desde hace unos años, afortunadamente, viene recuperando dicha novela para colocarla en el lugar que le corresponde en nuestra historia literaria. La aproximación de Rodríguez López-Vázquez no sólo mantiene abierto el debate sobre su autoría y las complejas cuestiones ecdóticas del texto, sino que muestra también la necesidad de revisar y valorar la obra de Avellaneda a través de una mirada crítica más justa que contemple el texto en sí mismo y no lo supedite a la mera comparación con la obra cervantina.

Ana L. Baquero Escudero
 Universidad de Murcia
 abaquero@um.es

Mística del siglo XVI, 1. Santa Teresa de Jesús. *Libro de la vida. Camino de perfección. Moradas del castillo interior. Libro de las fundaciones. Poesías*. Ed. Francisco J. Díez de Revenga. Biblioteca Castro. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2009. LXXXV + 900 pp. (ISBN: 978-84-964-5273-2)

Mística del siglo XVI, 2. San Juan de la Cruz. *Poesías. Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva*. Ed. Francisco J. Díez de Revenga. Biblioteca Castro. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2009. LXXXIV + 786 pp. (ISBN: 978-84-964-5274-9)

En una nueva muestra de su reconocido, múltiple y polifacético quehacer profesional, Francisco Javier Díez de Revenga nos obsequia –y digo bien, porque se trata de un excelente regalo para los amantes de la Literatura– con dos magníficas ediciones de la poesía mística de Santa Teresa de Jesús y de su querido discípulo San Juan de la Cruz. Bajo el título genérico de *Mística del siglo XVI*, el profesor Díez de Revenga recoge, en sendos volúmenes, el conjunto de la obra literaria de Santa Teresa y de San Juan. Dos volúmenes, por cierto, lujosamente editados por la Fundación José Antonio de Castro, cuyo director literario es otro acreditado estudioso de la literatura española, Darío Villanueva.